

Vinieron cada vez en mayor número a la vaguada de Sagia el-Hamra. Llegaban del sur, algunos con sus camellos y caballos, pero sobre todo a pie, porque los animales se morían de sed y enfermedad por el camino. Cada día, alrededor de la muralla de barro de Smara, el joven veía nuevos campamentos. Las tiendas de lana parda añadían nuevos círculos alrededor de los muros de la ciudad. Cada atardecer, con la caída de la noche, Nur miraba a los viajeros que llegaban inmersos en nubes de polvo. Nunca había visto a tantos hombres. Era un guirigay continuo de voces de hombres y mujeres, de chillidos de niños, de llantos mezclados con las llamadas de las cabras y las ovejas, el estrépito de las yuntas, los gruñidos de los camellos. Un olor extraño, que Nur no conocía bien, subía de la arena y se expandía a intervalos en el viento del atardecer; era un olor poderoso, agrio y dulce a la vez, el de la piel humana, la respiración, el sudor. Las hogueras de carbón de madera, de ramas menudas y bosta se encendían en la penumbra. El humo de los braseiros se elevaba por encima de las tiendas. Nur

oía las dulces melopeas de las mujeres que arrullaban a sus retoños.

La mayoría de los que llegaban ahora eran viejos, mujeres y niños fatigados por las marchas forzadas a través del desierto, con las vestiduras desgarradas, los pies desnudos o vendados con trapos. Los rostros estaban negros, abrasados por la luz, con los ojos como trozos de carbón. Los niños pequeños iban desnudos, con las piernas señaladas de llagas, los vientres dilatados por el hambre y la sed.

Nur recorría el campamento, se colaba entre las tiendas, estaba extrañado de ver a tanta gente, y al mismo tiempo sentía una especie de angustia, porque pensaba, sin comprender bien por qué, que muchos de estos hombres, mujeres y niños iban a morir pronto.

Se topaba sin cesar con nuevos viajeros, que andaban con lentitud por las calles que formaban las tiendas. Algunos entre ellos venían de más al sur, negros como sudaneses, y hablaban una lengua que Nur no conocía. Los hombres en su mayor parte estaban embozados, envueltos en mantos de lana y prendas azules, con los pies calzados en sandalias de cuero de cabra. Portaban largos fusiles de chispa con cañón de bronce, lanzas, puñales. Nur se hacía a un lado para dejarlos pasar y los miraba marchar hacia la puerta de Smara. Iban a saludar al gran *cheij* Mulei Ahmed ben Mohammed el-Fadel, a quien llamaban Ma el-Ainin, el Agua de los Ojos.

Iban todos a sentarse en las banquetas de barro seco, en torno al patio de la casa del

cheij. Elevarían su plegaria a la puesta del sol, al este del pozo, arrodillados en la arena, con el cuerpo orientado hacia el desierto.

Cuando la noche ya había caído, Nur se volvió hacia la tienda de su padre y se sentó junto a su hermano mayor. En la parte derecha de la tienda hablaban su madre y sus hermanas, tendidas en las alfombras entre los víveres y la albarda del camello. Poco a poco volvía el silencio a Smara y a la vaguada, el bullicio de las voces humanas y el estridor de los animales se apagaban de modo progresivo. La luna llena aparecía en el cielo negro, disco blanco magníficamente dilatado. La noche era fría, a pesar de todo el calor del día acumulado en la arena. Algunos murciélagos volaban ante la luna, se dejaban caer rápidos hacia el suelo. Nur, tumbado sobre el costado, con la cabeza apoyada en el brazo, los seguía con la mirada esperando el sueño. Se durmió de repente, sin darse cuenta, con los ojos abiertos.

Cuando despertó, tuvo la extraña impresión de que el tiempo no había pasado. Buscó con la vista el disco de la luna, y al ver que había iniciado su descenso hacia el oeste comprendió que había dormido largamente.

El silencio era opresivo en los campamentos. Sólo se oían aullidos lejanos de los perros salvajes en algún lugar al límite del desierto.

Nur se levantó y vio que su padre y su hermano ya no estaban en la tienda. Solas, en lo oscuro, a la izquierda de la tienda, se

apreciaban vagamente las formas de las mujeres y los niños envueltos en las alfombras. Nur comenzó a andar por el camino de arena, entre los campamentos, en dirección a las murallas de Smara. La arena, aclarada por la luz de la luna, era muy blanca, con las sombras azules de los guijarros y los arbustos. No había ningún ruido, como si todos los hombres estuvieran dormidos, pero Nur sabía que los hombres no estaban en las tiendas, únicamente estaban los niños, que dormían, y las mujeres, que miraban afuera, sin moverse, envueltas en los mantos y las alfombras. El aire de la noche hacía tiritar al joven, y la arena era fría y dura bajo sus pies desnudos.

Cuando se acercó a los muros de la ciudad, Nur oyó el rumor de los hombres. Vio, un poco más lejos, la silueta inmóvil de un vigilante acurrucado ante la puerta de la ciudad, con su larga carabina apoyada en las rodillas. Pero Nur conocía un lugar donde la muralla de barro se había derrumbado, y pudo entrar en Smara sin pasar frente al centinela.

Al punto descubrió la asamblea de los hombres en el patio de la casa del *cheij*. Estaban sentados en el suelo, en grupos de cinco o seis alrededor de los braseros, donde las grandes pavas de cobre contenían el agua para el té verde. Nur se infiltró sin ruido en la asamblea. Nadie lo miraba. Todos los hombres se hallaban concentrados en un grupo de guerreros que estaban de pie ante la puerta de la casa. Había algunos soldados del desierto, vestidos de azul, que se mantenían in-

móviles mirando a un hombre mayor, vestido con un simple manto de lana blanca que le cubría la cabeza, y a dos hombres jóvenes, armados, que hablaban por turno con vehemencia.

Desde donde estaba Nur, debido al murmullo de los hombres que repetían o comentaban lo que ya se había dicho, no era posible entender sus palabras. Cuando se le habituaron los ojos al contraste de la sombra y los fulgores rojos de los braseros, Nur reconoció la silueta del viejo. Era el gran *cheij* Ma el-Ainin, a quien ya había visto cuando su padre y su hermano mayor, a su llegada al pozo de Smara, habían venido a saludarlo.

Nur preguntó a su vecino quiénes eran los dos jóvenes que rodeaban al *cheij*. Le fueron dados sus nombres:

«Saad Bu y Lagdaf, los hermanos de Ahmed ed-Dehiba, a quien llaman Parcela de Oro, el que pronto será nuestro verdadero rey».

Nur no se esforzaba por oír las palabras de los dos jóvenes guerreros. Miraba con todas sus fuerzas el semblante lánguido del viejo, inmóvil entre ellos, y cuyo manto, iluminado por la luna, creaba una mancha blanquísima.

Todos los hombres lo miraban también, como con una sola mirada, como si fuera él quien en verdad hablara, como si fuera a hacer un solo gesto que transformase todo, puesto que él era quien establecía el orden mismo del desierto.

Ma el-Ainin no se movía. No parecía oír las palabras de sus hijos ni el rumor continuo que llegaba de los cientos de hombres sentados en el patio delante de él. A veces giraba un poco la cabeza y miraba a otra parte, más allá de los hombres y de los muros de barro de su ciudad, hacia el cielo sombrío, en dirección a las colinas pedregosas.

Nur pensaba que quizá deseaba nada más que los hombres retornasen al desierto, de donde habían partido, y se le encogía el corazón. No entendía las palabras de los hombres que lo rodeaban. Por encima de Smara, el cielo estaba sin fondo, yerto, con las estrellas ahogadas por el nimbo blanco de la luz lunar. Y era un poco como una señal de muerte o de abandono, como una señal de la terrible ausencia que abría un vacío en las tiendas inmóviles y en los muros de la ciudad. Nur sentía esto sobre todo cuando miraba la silueta frágil del gran *cheij*, como si entrase en el corazón mismo del anciano, como si entrase en su silencio.

Los otros *cheijs*, los jefes de tienda grande y los guerreros azules vinieron uno tras otro. Todos daban el mismo testimonio con la voz quebrada por la fatiga y la sequedad. Hablaban de los soldados de los cristianos, que entraban en los oasis del sur llevando la guerra a los nómadas; hablaban de las fortificaciones que los cristianos construían en el desierto y bloqueaban el acceso a los pozos hasta las orillas del mar. Hablaban de las batallas perdidas, de los hombres muertos, tan nume-

rosos que ni siquiera recordaban ya sus nombres, de los tropeles de mujeres y niños que huían hacia el norte a través del desierto, de las osamentas de animales muertos que se encontraban por toda la ruta. Hablaban de las caravanas interrumpidas cuando los soldados de los cristianos liberaban a los esclavos y los devolvían hacia el sur, y cuando los guerreros tuareg recibían dinero de los cristianos por cada esclavo que habían robado en los convoyes. Hablaban de las mercancías y del ganado incautados, de las bandas de salteadores que habían entrado en el desierto al mismo tiempo que los cristianos. Hablaban también de las tropas de los cristianos, guiadas por los negros del sur, tan numerosas que cubrían las dunas de arena de un extremo al otro del horizonte. Y de los jinetes que cercaban los campamentos y asesinaban en el acto a quienes se les resistían, que se llevaban luego a los niños para meterlos en las escuelas de los cristianos, en las fortalezas a orillas del mar. Entonces, al oír esto, los demás hombres decían que era cierto, lo juraban por Dios, y el rumor de las voces se hinchaba y se movía por la plaza como el ruido del viento según llega.

Nur escuchaba el rumor de las voces, que crecía para caer de nuevo como el paso del viento del desierto por las dunas, y se le hacía un nudo en la garganta, porque una amenaza terrible se cernía sobre la ciudad y sobre todos los hombres, una amenaza que no acertaba a discernir.

Casi sin pestañear, miraba ahora la silueta blanca del viejo, inmóvil entre sus hijos pese a la fatiga y el frío de la noche. Nur pensaba que sólo él, Ma el-Ainin, podía cambiar el curso de esta noche, calmar la cólera de la muchedumbre con un gesto de la mano o, al contrario, desatarla con tan sólo algunas palabras, que se repetirían de boca en boca y harían crecer una ola de rabia y amargura. Como Nur, todos los hombres miraban hacia él, con los ojos inflamados por la fiebre y el cansancio, y el espíritu tenso por el sufrimiento. Todos sentían la piel endurecida por el ardor del sol, y tenían los labios resecos por el viento del desierto. Aguardaban casi sin moverse, con la vista fija, atentos a una señal. Pero Ma el-Ainin no parecía percatarse. Tenía la vista fija y la mirada lejana por encima de las cabezas de los hombres, más allá de los muros de barro seco de Smara. Puede que buscara la respuesta a la angustia de los hombres en lo más profundo del cielo nocturno, en el extraño nimbo de luz que nadaba en torno al disco lunar. Nur elevó la vista hacia el lugar donde solían verse las siete estrellas de la Osa Menor, pero no vio nada. Sólo aparecía el planeta Júpiter, paralizado en el cielo yerto. La luz de la luna había cubierto todo con su niebla. A Nur le gustaban las estrellas, ya que su padre le había enseñado sus nombres desde muy pequeño; pero aquella noche era como si no acertara a reconocer el cielo. Todo se veía inmenso y frío, anegado en la luz blanca de la luna, ce-

gado. En la tierra, las lumbres de los braseros formaban agujeros rojos que iluminaban de modo extraño los rostros de los hombres. Era quizá el miedo lo que había cambiado todo, lo que había descarnado los rostros y las manos, y maculado de sombra negra las órbitas vacías; era la noche la que había helado la luz en la mirada de los hombres, la que había abierto ese agujero inmenso en el fondo del cielo.

Cuando los hombres hubieron terminado de hablar, cada uno en su turno, en pie, junto al *cheij* Ma el-Ainin –todos aquellos cuyos nombres había oído Nur pronunciados otrora por su padre, los jefes de tribus guerreras, los hombres de la leyenda, los Maqil, Arib, Ulad Yahia, Ulad Delim, Arosien, Ichergigin, los Ergeibat del velo negro, y los que hablaban los lenguajes de los bereberes, los Ida u Belal, Ida u Meribat, Ait ba Amran, y aquellos también cuyos nombres resultaban desconocidos, llegados de los confines de Mauritania, de Tombuctú, los que no habían querido sentarse al calor de los braseros, sino que habían permanecido cerca de la entrada de la plaza, de pie, embutidos en sus mantos, con aspecto a la vez temeroso y despreciativo, aquellos que no habían querido hablar–, a todos los miraba Nur, primero a unos, luego a otros, y sentía el vacío terrible que calaba en sus rostros, como si fueran a morir pronto.

Ma el-Ainin no los veía. No había mirado a nadie, salvo una vez quizá, cuando su

mirada se había detenido un breve instante en el rostro de Nur, como si le sorprendiera descubrirlo en medio de tantos hombres. Justo a partir de ese instante, rápido como un reflejo, apenas perceptible, el corazón de Nur se había puesto a latir más deprisa y con mayor vigor, Nur había aguardado la señal que el viejo *cheij* debía dar a los hombres reunidos frente a él. El viejo seguía inmóvil, como si pensara en otras cosas, mientras sus dos hijos, inclinados hacia él, hablaban en voz baja. Al fin extrajo de sus ropas su rosario de ébano y se recogió en el polvo muy despacio, con la cabeza reclinada hacia adelante. Y comenzó a orar, recitando la fórmula que había escrito para él mismo, mientras sus hijos se sentaban uno a cada lado. Al poco, como si este simple gesto hubiera bastado, cesó el murmullo de las voces humanas y se hizo el silencio en la plaza, intenso y helado a la luz demasiado blanca de la luna llena. Los ruidos lejanos, apenas perceptibles, venidos del desierto, del viento, de las piedras secas de las estepas, y los aullidos entrecortados de los perros salvajes, volvieron a inundar el espacio. Sin saludarse, sin decir una palabra, sin hacer un ruido, los hombres se incorporaban, sucesivamente, y abandonaban la plaza. Marchaban por el camino polvoriento, uno a uno, porque ya no sentían deseos de hablarse. Cuando su padre le tocó en el hombro, Nur se incorporó y se fue también él. Antes de dejar la plaza se volvió para mirar la extraña y frágil silueta del viejo, solo ya al claror

de la luna, que salmodiaba su plegaria meciendo el tronco, como quien va a caballo.

Los días siguientes continuó aumentando la inquietud en el campamento de Smara. Era incomprensible, pero todo el mundo lo sentía, como un sufrimiento en el corazón, como una amenaza. El sol castigaba con fuerza en la jornada, su luz violenta reverberaba en las aristas de los guijarros y en el lecho de los torrentes resecos. Las estribaciones de la Hamada rocosa vibraban a lo lejos, y se veían sin cesar espejismos por encima de la vaguada de Sagia. A cada hora del día llegaban nuevas cohortes de nómadas abrumados por la sed y el cansancio, venidos del sur a marchas forzadas, y sus siluetas se confundían en el horizonte con el bullir de los espejismos. Marchaban lentamente, con los pies vendados con tiras de piel de cabra, cargando a las espaldas sus pobres fardos. Algunas veces los seguían camellos famélicos y caballos cojos, cabras, corderos. Montaban aprisa las tiendas en la linde del campamento. Nadie iba a saludarlos ni a preguntarles de dónde venían. Algunos llevaban las marcas de las heridas recibidas en los combates contra los soldados de los cristianos o contra los salteadores del desierto; la mayoría estaba al borde del agotamiento, minados por las fiebres y las enfermedades de vientre. A veces llegaban los restos de un ejército diezmado, sin jefes, sin mujeres, hombres de piel negra casi desnudos

en sus vestiduras andrajosas, con la mirada vacía y brillante de fiebre y de locura. Iban a aliarse a la fuente, ante la puerta de Smara, y se acostaban luego en el suelo a la sombra de los muros de la ciudad, como para dormir, pero sus ojos se mantenían bien abiertos.

Tras la noche de la asamblea de las tribus, Nur no había vuelto a ver a Ma el-Ainin ni a sus hijos. Pero sentía con nitidez que el gran murmullo que se había serenado cuando el *cheij* había iniciado su plegaria no había cesado verdaderamente. El rumor ya no estaba ahora en las palabras. Su padre, su hermano mayor, su madre, no decían nada, y desviaban la cabeza como si no quisieran que se los interrogase. Pero la inquietud continuaba aumentando, en los ruidos del campamento, en el estridor de los animales que se impacientaban, en el ruido de los pasos de los nuevos viajeros que llegaban del sur, en las palabras duras que se cruzaban los hombres o dirigían a sus niños. La inquietud también se hallaba en los olores violentos, el sudor, la orina, el hambre, toda esa acritud que venía de la tierra y de los recovecos de los campamentos. Aumentaba con la escasez del alimento; algunos dátiles picantes, la leche cuajada y la papilla de cebada que comían deprisa, a primera hora del día, cuando el sol no había surgido todavía de las dunas. La inquietud estaba en el agua sucia del pozo que los pasos de los hombres y los animales habían enturbiado y el té verde no conseguía regenerar. Hacía tiempo que no quedaba azúcar ni miel,

y los dátiles estaban secos como las piedras, y la carne era, desabrida y dura, la de los camellos muertos por agotamiento. La inquietud aumentaba en las bocas secas y en los dedos sangrantes, en el calor del día y en el frío de la noche, que hacía tiritar a los niños entre los pliegues de las viejas alfombras.

Cada día, al pasar delante de los campamentos, Nur oía las voces de las mujeres que lloraban porque alguien había muerto durante la noche. Cada día se habían internado un poco más en la senda de la desesperación y de la cólera, y el corazón se le encogía más a Nur. Pensaba en la mirada del *cheij*, que flotaba a lo lejos en las colinas invisibles de la noche, se posaba luego en él un breve instante, como un reflejo, y lo iluminaba por dentro.

Todos habían venido hacia Smara de tan lejos que era como si allí debiera hallarse el final de su viaje. Como si no pudiera faltar ya nada. Habían venido porque les faltaba la tierra bajo los pies, como si se hubiera hundido tras ellos y en adelante no fuera ya posible volver atrás, y ahora estaban allí; cientos, miles, en una tierra que no podía acogerlos, una tierra sin agua, sin árboles, sin alimento. Sus miradas se dirigían sin cesar a todos los puntos del círculo del horizonte, hacia las montañas escarpadas del sur, hacia el desierto del este, hacia los lechos resecaos de los torrentes de Sagia, hacia las estepas altas del norte. Sus miradas se perdían también en el cielo vacío, sin una nube, donde cegaba el sol de fuego. Entonces la inquietud se trans-

formaba en miedo, y el miedo en cólera, y Nur sentía una onda extraña que pasaba sobre el campamento, un olor quizá que subía de las telas de las tiendas y giraba alrededor de la ciudad de Smara. Era también una ebriedad, la ebriedad del vacío y el hambre que alteraba las formas y los colores de la tierra, cambiaba el azul del cielo, hacía nacer grandes lagos de agua pura en los fondos ardientes de las salinas, poblaba el azul de las nubes de pájaros y moscas.

Nur iba a sentarse a la sombra de la muralla de barro, cuando el sol declinaba, y miraba el lugar donde había aparecido Ma el-Ainin aquella noche en la plaza, el lugar invisible donde se había recogido para orar. Algunas veces venían otros hombres, como él, y permanecían inmóviles a la entrada de la plaza para mirar la muralla de tierra roja y ventanangostas. No decían nada, tan sólo miraban. Y regresaban al campamento.

De pronto, después de todos esos días de cólera y miedo en la tierra y en el cielo, tras todas esas noches heladas en que dormían un poco o se despertaban de golpe, sin razón, con ojos febriles y el cuerpo a merced de un sudor dañino, después de un tiempo tan largo que extinguía poco a poco a los ancianos y a los niños pequeños, de repente, sin que nadie supiera cómo, tuvieron la certeza de que había llegado la hora de partir.

Nur lo había oído antes incluso de que su madre lo mencionara, antes incluso de que su hermano le dijera riendo, como si todo

hubiera cambiado: «Vamos a partir, mañana o pasado mañana, óyeme bien, vamos a partir hacia el norte, lo ha dicho el *cheij* Ma el-Ainin, ¡vamos a irnos muy lejos de aquí!». Puede que la noticia hubiera llegado por el aire, o por el polvo, o puede que Nur la hubiera oído mirando la tierra batida en la plaza de Smara.

Se había extendido con gran rapidez por todo el campamento, y el aire resonaba como una música; las voces de los hombres, los chillidos de los niños, los sonidos de los cobres, los gruñidos de los camellos, los zapateos y las pedorreras de los caballos, y esto recordaba el ruido que hace la lluvia cuando llega, al bajar por el valle y arrastrar con ella las aguas rojas de los torrentes. Los hombres y las mujeres iban corriendo a lo largo de las calles que formaban las tiendas, los caballos zapateaban, los camellos atados mordían sus ligaduras, porque era grande la impaciencia. Pese al cielo abrasador, las mujeres permanecían en pie ante las tiendas, hablando y chillando. Nadie habría sabido decir de qué manera había llegado al principio la noticia, pero todos repetían la frase que los encandilaba: «Vamos a partir, vamos a partir hacia el norte».

Los ojos del padre de Nur brillaban con una especie de alegría febril.

«Vamos a partir pronto, nuestro *cheij* lo ha dicho, vamos a partir pronto.»

«¿Adónde?», había preguntado Nur.

«Hacia el norte, más allá de las montañas del Draa, hacia Sus, Tiznit. Allí nos aguar-

dan agua y tierras para todos nosotros, Mu-
lei Hiba, nuestro verdadero rey, el hijo de Ma
el-Ainin, así lo ha dicho, y Ahmed ech-Chems
también.»

Los grupos de hombres andaban por las
calles hacia la ciudad de Smara, y Nur esta-
ba sumido en las tolvaneras que provocaban.
El polvo rojo se elevaba al paso de los hom-
bres y con el zapateo de los animales, forma-
ba una nube encima del campamento. Ya se
dejaban oír las primeras descargas de los fu-
siles, y el olor acre de la pólvora desplazaba
el olor del miedo que había reinado en el
campamento. Nur avanzaba sin ver, zaran-
deado por los hombres, empujado contra los
laterales de las tiendas. El polvo le secaba la
garganta y le abrasaba los ojos. El calor del
sol era terrible y lanzaba destellos de blan-
cura a través del espesor del polvo. Nur an-
duvo un tiempo así, al azar, con los brazos
estirados por delante. Cayó luego al suelo y
reptó al abrigo de una tienda. En la penum-
bra pudo recuperar el sentido. Había allí una
vieja sentada con la espalda apoyada en la
banda lateral, embutida en su manto azul.
Cuando vio a Nur lo tomó primero por un
ladrón, y se puso a insultarlo y a tirarle pie-
dras a la cara. Luego se acercó y vio que las
lágrimas habían trazado unos surcos rojos en
sus mejillas manchadas de polvo.

«¿Qué tienes? ¿Estás enfermo?», le pre-
guntó con dulzura.

Nur meneó la cabeza. La vieja avanzó ha-
cia él a cuatro patas.

«Debes de estar enfermo», le dijo. «Voy a darte un poco de té.»

Y sirvió el té en una vasija de cobre.

«Bebe.»

El té hirviendo y sin azúcar reconfortó a Nur.

«Pronto vamos a irnos de aquí», dijo el muchacho con voz un tanto indecisa.

La vieja lo miraba. Se encogió levemente de hombros.

«Sí, eso dicen.»

«Es un gran día para nosotros», añadió Nur.

Pero la vieja no daba muestras de creer que fuera tan importante, quizá simplemente porque era vieja.

«Tú quizá llegues allá, a donde dicen, al norte. Pero yo moriré antes.»

Se lo repitió:

«Yo moriré antes de llegar al norte».

Más tarde, Nur salió de la tienda. Las calles del campamento estaban de nuevo desiertas, como si todos los vivos hubiesen partido. Pero Nur vislumbró, al amparo de las tiendas, las formas humanas: los ancianos, los enfermos, que temblaban de fiebre pese a las hogueras encendidas, las jóvenes que sostenían a sus retoños en los brazos y miraban al frente con ojos vacíos y tristes. Una vez más sintió Nur que se le encogía el corazón, porque lo que se alojaba en las tiendas era la sombra de la muerte.

Al acercarse al recinto amurallado de la ciudad oyó crecer el ruido cadencioso de la música. Los hombres y las mujeres se ha-

llaban reunidos ante la puerta de Smara formando un ancho semicírculo alrededor de los músicos. Nur oyó el sonido agudo de las flautas, que subía, bajaba, subía y luego se detenía, mientras los tambores y los rabeles reiteraban sin descanso la misma frase. Una voz de hombre, grave y monótona, entonaba una canción andaluza, pero Nur no podía reconocer lo que decía. Por encima de la ciudad roja el cielo estaba liso, muy azul, muy duro. Iba a iniciarse la fiesta de los viajeros; duraría hasta el día siguiente al alba, y tal vez hasta el otro. Las banderas iban a ondear al viento y los jinetes darían la vuelta a las murallas, descargando sus largos fusiles, mientras que las jóvenes gritarían haciendo temblar sus voces como cascabeles.

Nur sintió la ebriedad de la música y la danza y olvidó la sombra mortal que seguía alojada en las tiendas. Era como si ya estuviera en marcha hacia las elevadas escarpas del norte, allí donde empiezan las estepas, donde nacen los torrentes de agua clara, el agua que nadie ha contemplado jamás. Y sin embargo, la angustia que se había instalado en su interior, cuando había visto llegar los tropezos de los nómadas, permanecía en algún lugar en el fondo de él.

Quiso ver a Ma el-Ainin. Rodeó a la muchedumbre en su intento de verlo desde el lado de los hombres que cantaban. Pero el *cheij* no estaba con la muchedumbre. Nur se dirigió de nuevo hacia la puerta de las murallas. Penetró en la ciudad por la misma

grieta que había utilizado la noche de la asamblea. La gran plaza de tierra batida estaba vacía por completo. Las paredes de la casa del *cheij* brillaban a la luz del sol. Alrededor de la puerta de la casa había extraños dibujos con arcilla en el muro blanco. Nur se quedó mirándolos un largo rato, y mirando las paredes carcomidas por el viento. Luego caminó hacia el centro de la plaza. Sentía bajo sus pies desnudos la tierra dura y caliente como las losas de piedra del desierto. El rumor de la música de las flautas se apagaba aquí, en este patio desierto, como si Nur estuviese en el otro extremo del mundo. Todo se volvía inmenso mientras el mozalbete andaba hacia el centro de la plaza. Percibía con nitidez las palpitations de su sangre en las arterias del cuello y de las sienes, y el ritmo de su corazón parecía resonar hasta en el suelo, bajo la planta de sus pies.

Cuando Nur llegó cerca de la pared de arcilla, al lugar donde el viejo se había recogido para elevar su plegaria, se echó al suelo, con la cara incrustada en la tierra, sin moverse, sin pensar ya en nada. Sus manos agarraban la tierra como si estuviera aferrado a la pared de una escarpa muy alta, y el sabor a ceniza del polvo le inundaba la boca y las fosas nasales.

Tras un largo rato, se atrevió a alzar el rostro, y vio el manto blanco del *cheij*.

«¿Qué haces ahí?», inquirió Ma el-Ainin. Su voz era dulcísima y lejana, como si se hallara en el otro extremo de la plaza.